

neral y especial. Don Valentín Letelier lo hace en consonancia con su humanismo de cuño legítimo, opina que no deben sacrificarse los intereses trascendentales y permanentes por los inmediatos de estirpe utilitaria. Créense establecimientos donde se imparta instrucción técnica, pero no se instrumentalice la cultura que se dispensa desde siempre para finalidades teóricas desinteresadas.

Por último procede insistir en que la enseñanza universitaria tiene como tarea primordial acrecentar el progreso favoreciendo la investigación. O debería tenerla, porque hasta aquí la ha pospuesto en aras de ese especialismo que conduce a la paradoja de una barbarie civilizada. (El genio de Chaplín dió cuenta de ella en la sátira de "Tiempos Modernos"). Además, la educación superior exige competencia axiológica o valorativa en los usufructuarios, significa el compromiso de prepararlos en la esfera moral hasta el punto de que acusen perfiles vigorosos y valientes, capaces de conducta digna y autónoma.

La lectura de Munizaga deja siempre saldo de inteligencia y honestidad que reconcilian con la tan desvirtuada médula del hombre contemporáneo.

<https://doi.org/10.29393/At333-21EDMO10021>

"ENSAYOS DE DON JOSÉ TORIBIO MEDINA". Editorial del Pacífico

En homenaje al centenario del natalicio, que coincide con el de don Valentín Letelier.

Son seis estudios. Interesan sustancialmente dos en nuestra opinión. "Cultura intelectual en Chile durante el Período Colonial" y "Modo de proceder del Santo Oficio". Uno y otro amonestan acerca de las cualidades que afianzan el prestigio universal del primer polígrafo de la lengua. Entre ellos sobresalen el rigor sin concesiones en el análisis valorativo de los documentos y la objetividad respetuosa del dato, amén del acopio cuasi inverosímil de paciencia para agotar las fuentes por inextricables que se nos antojen.

No es flaco servicio el que presta la editorial propugnadora de estos Ensayos. Van precedidos de un prólogo de Omer Emeth, que ilustra esquemáticamente acerca de la personalidad de don José Toribio Medina, el investigador a quien un continente debe recurrir de modo necesario cada vez que ansía iluminar algún resquicio de su vida, siquiera sea insignificante.

“JOSÉ TORIBIO MEDINA”, de *Guillermo Feliú Cruz*. Nascimento

El conocido historiador y ensayista que cautela la Sala Medina con los sesenta mil ejemplares que el investigador legara a la Biblioteca Nacional, ha sido, naturalmente, la pluma más asidua y de mayor prestancia en el homenaje a quien fuera su maestro amadísimo.

Los trabajos de Feliú Cruz tienen el hechizo de lo que se hace con pasión y responsabilidad, y unen a la destreza expositiva el verbo ágil y preciso que nos persuade íntegra la lectura cuando la concebíamos fatigosa *a priori*, por la amenaza de su nombre referido a cuestiones espantosamente eruditas y de escaso cacumen.

Feliú logra animar la vida ejemplarizadora de don José Toribio Medina, prestándole el fulgor de la admiración y la gratitud entrañables. ¡Oh y cuánto conforta leer al discípulo! Es caso tan extraño en hispanoamérica y tan digno de emularse! ¿No decía un humanista que en estos países somos todos autodidactos, por la ausencia de verdaderos maestros? ¿Y quién en su rama — o mejor dicho en su selva de multiversas disciplinas— aventajara al que Feliú Cruz exalta siempre temeroso —y con excesiva razón— de ser avaro?

Por ello escribió en los N.^{os} 327-328 de esta revista su *Radio-grafía del Espíritu*, de calurosa cordialidad. Y estamos seguros de que su pluma apenas estima haber iniciado tema tan admirable.